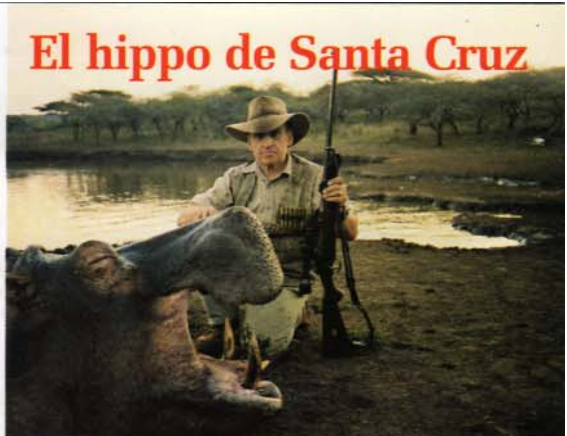


# MAGNUM

ARMAS

El hippo de Santa Cruz



NOVIEMBRE 2009 AÑO XX n° 242 Argentina \$ 15

## Pistolas Bul



### Colt Texas Paterson

### PISTOLA RUGER SR9



Comparación: el 7,62 x 51 y el .308 Win.

## Un argentino en Africa



**E**l pasado sábado el diario La Nación publicó una extensa nota firmada por el prestigioso periodista y escritor Jorge Fernández Díaz, sobre Eber Gómez Barrade, un argentino que se “recibió” de White Hunter en Africa.

A continuación transcribimos algunos párrafos de ese artículo.

“El año pasado, un cazador sudafricano que guiaba a un grupo de españoles en las praderas de Botswana cometió un pequeñísimo error y fue destrozado.

Se bajó de la camioneta con el rastreador y se alejó 100 metros para mirar de cerca una manada de elefantes. Las leyes locales e internacionales son muy estrictas: sólo permiten cazar machos viejos sin capacidad de reproducción y ejemplares de 5000 kilos a punto de echarse y ser devorados por los animales carroñeros de la jungla.

Bajo pena de multa o cárcel, los cazadores profesionales no pueden tocar a los machos jóvenes ni a las hembras ni a las crías. Sólo pueden sacrificar a los elefantes que no tienen futuro. Las comunidades locales esperan siempre con ansiedad esos miles de kilos de carne que reindustrializarán gracias a la cacería, en una ceremonia de horas y horas a la luz de la luna.

El cazador sudafricano no tuvo en cuenta algo fundamental: el elefante verdadero, no la imagen ingenua y bonachona de Walt Disney, sino la bestia primigenia, es el animal más peligroso y temido de Africa; se mueve a gran velocidad y sin hacer ruido, tiene una enorme inteligencia táctica y actúa con especial saña.

Aquel cazador andaba en puntas de pie mirando al elefante viejo, cuando de pronto cambió el viento y una elefanta lo olió y se le fue encima, callada y vertiginosamente. El sudafricano alcanzó a percibir el peligro y echó a correr hacia la camioneta. Pero la bestia le dio alcance, estiró su trompa y lo agarró del cuello, le pisó un pie con su enorme pata redonda y tiró con todas sus fuerzas hacia arriba destrozando carne, huesos y cartílagos”.

Recurre a los libros para darme una lección. Ortega y Gasset tenía un gran amigo que escribía sobre el arte de la cacería. En un largo prólogo de un librito técnico, el gran filósofo español se preguntaba lo mismo: ¿por qué caza el hombre moderno? Porque le permite volver al atavismo de los primeros hombres, aquellos que cazaban para defenderse o alimentarse. Ese ímpetu, ese culto del coraje quedó grabado en nuestros cromosomas para siempre. El hombre no ama haber cazado, sino estar cazando; ese momento en el que sucede lo que

sucedía, en el que se prueba algo inexplicable. La diferencia es que en la actualidad los estados civilizados crearon una ética de la caza, que incluye la preservación de las especies y las reglas que reducen al mínimo el ejercicio de la crueldad.

"No he conocido en toda mi vida un solo cazador que haya gozado matando, ni que plantee la cacería como una competencia con el animal -me asegura Berrade-. El cazador compite consigo mismo y siente admiración por la presa y luego tristeza cuando le da muerte. Y es un defensor de los hábitats naturales y de la fauna autóctona. Esta es la verdad verdadera, nada que ver con los viejos arquetipos."

"Hace pocos meses fue contratado por un cazador texano de gran experiencia: Rod. Había leído a Ernest Hemingway, pero no había cazado nunca un elefante. Y se había preparado durante meses. Se había entrenado físicamente, había asistido a una escuela de safaris en los Estados Unidos, había leído muchos libros técnicos y geográficos, y había traído su propio rifle, un Blazer 416 Remington. Traía también una canana con muchas balas. Pero sólo tenía que usar una.

Rod quería una cacería limpia y cercana, nada de un tiro de larga distancia y quería además que el elefante tuviera colmillos simétricos para llevárselos a su casa de Texas. Por la mañana, salieron de una zona arenosa y vieron algunos rastros prometedores. El rastreador encontró en el lodazal unas huellas y dijo que era un macho grande, pesado y viejo. Sabía que era portentoso por la profundidad de la pisada, y que le faltaba poco para morir por la materia fecal: si las hojas y ramas que comió siguen allí casi ilesas quiere decir que el elefante ya no tiene buenos dientes para masticar.

El argentino, el texano y el africano caminaron kilómetros y kilómetros. Encontraban manadas, pero no tenían elefantes viejos o los tenían pero sus colmillos eran irregulares. Hubo días en los que caminaron veinticinco kilómetros antes de detenerse a comer. Rod, a diferencia de Daniel, estaba armado de paciencia y de filosofía. Pero en el día número diez se empezó a preocupar. Eber notó que estaba angustiado y triste, pero aún así no le metía presión. No hay mucho que hacer

en esos casos, salvo ir manejando las emociones. Esperar sin desesperar. ¿Pero quién sabe cómo hacer eso?

El día once salieron de noche. El rastreador rápidamente les dijo que tras un monte había una manada. Era una intuición sobrenatural, y los cazadores se entregaron a ciegas. Se fueron acercando durante horas con sigilo y mutismo absoluto. Cualquier ruido podía poner en alerta al líder de los elefantes, que abre las orejas, se levanta, barrunta y escapa. En un punto de la caminata Eber extrajo los binoculares y oteó el horizonte: había ocurrido lo peor. Se habían esfumando. Regresaron lentamente, con los labios pegados y la boca seca: Rod ya había perdido el vozarrón y los ademanes campechanos. Había perdido la confianza en la suerte y en sí mismo. Pero caballerosamente se mantenía en sus cabales, metido para adentro.

Subieron a la camioneta y decidieron probar en un sector alejado. Tan alejado era que no escuchaban la radio. El rastreador, desde otro punto cardinal, los estaba llamando con desesperación. Tuvo que avisarles un emisario: habían encontrado finalmente el elefante perfecto.

Retornaron, con el corazón en la boca, cortando camino por sendas de tierra a toda velocidad. El rastreador fue claro: era un elefante veterano que tenía dos colmillos parejos de cincuenta libras de peso cada uno. Eber miró a Rod, y el texano asintió: "Vamos". Revisaron los rifles y arrancaron en fila india, detrás del rastreador y con un guardaparque oficial que venía a vigilar que las cosas se hicieran según la ley.

Emergieron del monte a mucho de andar y desembocaron en una llanura abierta, y descubrieron a trescientos metros un macho que marchaba solo. Marchaba solo porque iba buscando un lugar donde morir. Sacaron una media con cenizas y probaron de dónde venía el viento: la brisa empuja el talco y muestra en qué dirección sopla. Los cazadores debían colocarse fuera de esa línea puesto que el macho podría olerlos con mucha facilidad. El macho comía y tenía las orejas abiertas, de manera que había que avanzar detrás e ir acercándose en puntas de pie rogando que no se volviera y los atacara. Si lo hacía, por más viejo

que fuera, los destriparía como la elefanta había hecho con aquel malogrado cazador sudafricano.

A los cien metros, sólo Rod y Eber caminaban solos y sin hacer ruido, con los fusiles prestos. Habían acordado que el texano le metería un tiro en el cerebro: era el tiro más difícil pero más indoloro. Rod no quería tirarle al corazón ni a los pulmones. Quería hacer un disparo profesional que no lo hiciera sufrir. El disparo que había leído en los libros. Y Eber le permitía hacerlo porque el texano había demostrado diligencia en el arte de la cacería, a pesar de que casi había perdido la compostura en esos últimos días de frustración y de nada.

No podían hablar, pero el guía le indicó por señas que acortarían al máximo las distancias y que esperarían a pocos metros de esa mole de cinco mil kilos. Esperarían que la bestia mostrara su perfil para que Rod le metiera un tiro en la sien.

A espaldas de aquel animal gigantesco, dos minutos pueden parecer un siglo. Habían esperado ocho meses ese momento y todo se jugaba en esos pocos segundos donde el destino puede cumplirse o trastabillar. No sentían más que respeto por el elefante. Un respeto sagrado. Era un viejísimo sobreviviente de la jungla, y ahora uno de ellos le apagaría la luz para siempre.

Al cabo de aquellos dos minutos eternos, el elefante giró la cabeza y ofreció la sien, y con buen pulso Rod cumplió con su misión. Una detonación, una sola, y el macho levantó la trompa como un latigazo, se derrumbó de costado, enterró un colmillo en la tierra y murió en el acto.

Todavía Eber, en medio del más sepulcral silencio, le tocó el párpado para comprobar que no tenía reflejos, y después le dio una mano a Rod y lo felicitó. "Sentí que se lo merecía -me dice ahora-. Hay que merecer la pieza. Aquel elefante era un animal noble y Rod había vivido once días de calor, insomnios, bajones y templanzas. Los dos habían cumplido el rito más viejo de la tierra y lo habían hecho con hidalguía. Eber es el primero y único argentino que ha calificado para obtener una licencia de cazador profesional en la República de Sudáfrica, luego de haber aprobado los exámenes ante la Academia de Caza de Johan Calitz Safaris. ■